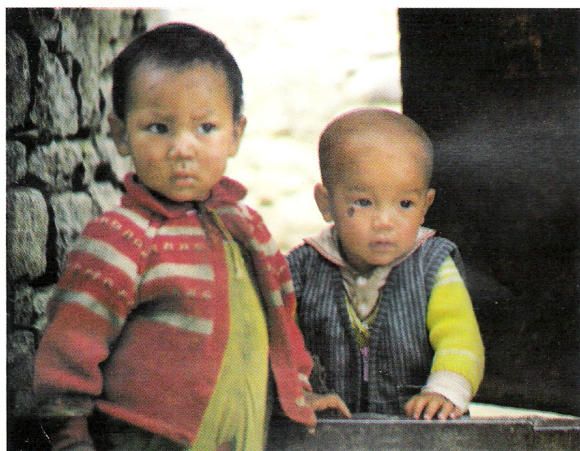


Rincones del mundo

Tibet

La última utopía

Texto y fotos: Victoria Almiroty



Nunca el mundo me pareció un lugar tan bello como cuando me perdí en la pureza y en la vastedad de los valles, lagos y montañas de Tibet. La gigantesca meseta tibetana tiene una altitud promedio de 4500 metros sobre el nivel del mar y está custodiada por la cadena montañosa más impresionante del mundo: los Himalayas separan a Tibet de India, Nepal, Bhután, Pakistán y China. Este aislamiento natural ha permitido que las tradiciones tibetanas permanezcan intactas por siglos. La vida humana se desarrolla en armonía con la naturaleza, con la humildad de quienes se sienten empujados por la magnitud de estos paisajes.

De Xiahe a Lhasa

La mayoría de los turistas vuela directamente a Lhasa, la capital de Tibet, vía Cheng Du, Beijing o Katmandú. Afortunadamente yo pude hacer una verdadera peregrinación desde Beijing, a bordo de un camión que contraté junto a otras diez personas. Mi primer contacto con la cultura del reino budista se produjo en un mágico y polvoriento pueblo rural del norte de China llamado Xiahe que, antes de la invasión China de 1950, pertenecía a Tibet. Es aquí donde se encuentra el famoso monasterio de Labrang, el más importante para el budismo fuera de Tibet. Acompañada por un sigiloso monje, recorrí este castillo de piedras blancas donde hasta las puertas son elaboradas obras de arte; pintadas de rojo con detalles en azul y un marco de madera tallada en finas esculturas. La vida consta de una rutina simple, perdida entre las impresionantes montañas que los rodea y protegida por los numerosos budas que se esconden en sus oscuros templos. De Xiahe seguí camino a Golmud, que es una típica ciudad china moderna —con estética soviética— donde se hacen los agotadores y costosos trámites burocráticos para entrar a la Región Autónoma de Tibet, como la rebautizaron los chinos en 1965. Dos días más tarde llegaría a Lhasa, después de atravesar extensas praderas con las solitarias carpas de los nómades rodeadas por sus rebaños de cabras, ovejas y yuks. Los yuks, exóticos protagonistas de estas tierras, son unas vacas tan fuertes como peludas que se adaptan a las alturas debido a que poseen un par de costillas demás.

Durante mi estadía en Tibet, la mayoría de las noches dormí a la intemperie, bajo la más nítida vía láctea, para ser despertada al amanecer con el canto de alguna joven tibetana arreando sus ovejas. También tuve la suerte de asistir al Festival del Caballo, en los primeros días de julio, que me sorprendió a un costado de la ruta a Lhasa. Personas de todas partes de la región se congregan una vez al año para presenciar las competiciones de arquería y carre-

Rincones del mundo



ras de caballos. Sin embargo, el espectáculo mayor es el desfile de largos tapados de pieles y gruesas telas bordadas, sombreros con flores, adornos hechos con turquesas, amatistas, cobre y plata que pesan de sus orejas o manos. Las mujeres llevan el cabello repartido en 108 trenzas (la misma cantidad de semillas de un rosario budista) ya que solo las brujas lo dejan suelto, según la creencia local. Los hombres no son menos coquetos y

también recogen su pelo en una gruesa trenza con piedras. Anteojos espejados de desproporcionado tamaño y no pocos dientes de oro contrastan con el rusticismo de su vestuario. Ellos me estudiaron a la distancia hasta que la curiosidad superó su timidez y comenzaron a rodearme y a insistir en comunicarse en su indescifrable idioma. El traductor del grupo me aclaró que preguntaban de qué país venía y si quería probar té de manteca de yuk. Declinar una atención es un deshonor al que no me atreví a someterlos; con cara de "buenos amigos", tragué esa pócima salada con olor a cera que tan tentadora parecía en las fotos de las guías turísticas.

Lhasa; medieval y mística

A pesar de los frecuentes desfiles de soldados y del creciente número de edificios de azulejos blancos y vidrios azules (contribución china), en la capital del antiguo reino el espíritu tibetano está más vivo que nunca como su devoción a su líder de nombre prohibido. Su Santidad el Dalai Lama -y reencarnación número catorce del Buda de la Compasión- vive hoy en Dharamsala, una ciudad de India en la frontera con Nepal. Desde su exilio, insta a los viajeros a visitar Tibet y a conocer todo lo que todavía queda de su cultura.

Por las gastadas calles de adoquines de Lhasa uno podría perderse sin jamás cansarse de observar y admirar el fervor religioso de los peregrinos. Cientos de fieles van empujando pesadas ruedas de bronce lustrado, que rodean a los numerosos templos, elevando sus plegarias al cielo. El templo más importante para el budismo tibetano, el Jokhang, es el corazón espiritual de Lhasa, en el área del Barkhor. En su puerta se congregan decenas de personas para realizar dolorosas postraciones todo el día. Otros se reúnen en su interior esperando en fila para recibir el agua bendita de un lama después de tocar la imagen de su deidad preferida. Temprano a la mañana pude presenciar, entre nubes de dulce incienso, el rezo matinal de los monjes. Prolijamente sentados en hileras, cantaron con sus graves voces al compás del soberbio didgeridoo y los mágicos singing bowls. Sus túnicas bordadas cubrían sus piernas cruzadas en la posición del loto como las de los tres enormes Budas dorados que empezaban a brillar con las primeras luces del día. Alrededor del Jokhang, se encuentra el mercado del Barkhor que se extiende por laberínticas calles donde se ofrecen trajes con dragones bordados y apliques de pieles, thangkas (pergaminos religiosos) pintadas a mano, cráneos de yuks con piedras preciosas incrustadas, rosarios de los colores de Tibet. El olor a carne fresca se confunde con el aroma a Chang, la cerveza local hecha con una mezcla



de granos, y a pan recién horneado. Las cuerdas de un banjo van marcando el paso de la multitud que camina siempre en el sentido de la agujas del reloj. Es ideal detenerse para almorzar unos momos (empanadas tibetanas) de búfalo o vegetales en la terraza del tradicional Makye Ame Bar. Desde allí seguí mirando, como hipnotizada, el ágil paso de los monjes, hablando por celular o comprando viejos Ray Ban. Encorvadas ancianas de largas trenzas grises continuaban girando sus pequeñas ruedas con plegarias y murmurando la mantra sagrada Om Ma Ne Pad Me Hum.

En el centro de Lhasa comanda desde su altura el siempre visible Palacio de Potala, una fortaleza blanca que fuera hogar de diez Dalai Lamas desde 1649 hasta 1959. Hoy, convertido en museo, se puede visitar y reconocer escenografías de películas como Kundun y Siete Años en Tibet. Imaginé a un Dalai Lama todavía niño recibiendo mi ofrenda, una bufanda blanca de seda, sonriendo desde su pequeño trono. La experiencia fue más enriquecedora cuando me acerqué a los monjes que custodían cada una de las salas -incluyendo una estupa hecha con 3000 kg de oro- para ahondar en conocimientos y





Rincones del mundo

fascinantes anécdotas que vibran de cada tesoro, de cada alfombra, de cada viejo instrumento musical.

Siempre es bueno tomar un poco de perspectiva. Las montañas que rodean a Lhasa me invitaron a abrazar la ciudad entera desde sus cimas y a pasar la última noche compartiendo un fogón y un brandy con una simpática familia de nómades.

Everest, un Dios aparte

De Lhasa a Katmandú hay una ruta a veces bien delineada llamada oficialmente Ruta de la Amistad. La primera parada obligada es a 250 km de Lhasa, Shigatse, la segunda ciudad en importancia de Tibet. Por las angostas calles de su sección más antigua se llega al monasterio de Tashilumpo. Este magnífico complejo de techos dorados posee las capillas más lindas fuera de Lhasa y es el hogar del controvertido Panchen Lama, de quien se discute la autenticidad de su actual reencarnación, un niño de doce años. Menos de 200 km más adelante, bordeando precipicios sin fin y esquivando avalanchas de tierra por las lluvias, llegué –todavía a bordo del camión– al monasterio de Rongbuk, el más alto del mundo, a 4980 metros. Este es el último lugar donde conseguir techo y comida –además de aclimatarse– antes de emprender una excursión al Everest. La base del Everest del lado norte es la más impactante y se encuentra a 8 km del monasterio. Vale la pena despertarse a las

cinco de la mañana para llegar a ver el sol asomándose detrás de este coloso de 8848 mts. El último y más remoto pueblo tibetano que conocí fue Tingri, un lugar encantador donde uno se siente en casa apenas respira ese aire a siesta y escucha el viento inquieto paseando por su única calle. Hay algunas humildes pero coloridas casitas de techo bajo con ventanas desde donde se asoma una espectacular vista de las montañas que rodean al Everest. Durante el resto de la ruta hasta Katmandú seguí explorando los Himalayas; impecables cumbres blancas contrastando con un cielo violáceo y alfombrados campos verdes. Por esta región de Tibet, notablemente habitada por la riqueza de sus tierras, el camión fue sorprendiendo a nómades y campesinos que interrumpieron el destripe de alguna oveja o el arado sobre un búfalo para saludarnos. Más adelante, descendiendo por bosques y cascadas, como dentro de una acuarela china, noté que el clima había cambiado para aparecer en una zona tropical, en la frontera con Nepal. Pero nunca dejé Tibet, que con la serenidad de su espíritu y el encanto de sus sonrisas me mostró cómo se construye, día a día, una utopía de paz. ●

Datos Históricos de Tibet

1950 - Invasión de China en Tibet donde gobernaban sus líderes espirituales.

1959 - Exilio de S.S. El Dalai Lama a India. Abolición del gobierno tibetano. Reordenación de la sociedad de acuerdo a sus principios marxistas.

1965 - Tibet es anexada a China como Región Autónoma (T.A.R.)

1966 - Revolución Cultural de Mao en China. Destrucción de principales templos de Tibet. Matanzas y hambrunas.

1980 - Los chinos afianzan su control económico en Tibet. Aumenta la llegada de chinos Han. Vuelve la libertad religiosa a Tibet pero limitada.

1984 - Se abre el turismo a los extranjeros.

1987 - Turismo sólo permitido para tours supervisados.

1989 - S.S. El Dalai Lama recibe el premio Nobel de la Paz.

1992 - Se reabren las fronteras de Tibet para viajeros independientes aunque con altos costos burocráticos.

